

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 5ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fustería. — MANERO, frente al teatro Principal, n.º 7. — GINETA, calle de D. Jaime I. — CERDÁ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería de Joaquín Verdagué, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas llevadas á domicilio . . . 2 rs.
En las Provincias, por id. . . 3 rs.
Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Solo Dios lo sabe lo que pasó en el alma del joven polaco. (Pág. 34, col. 2ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: Las Fresas. — El Castillo de las Tres Torres, por M. MERV. — VIAJES: Diario de una Institutora en Rusia, por la Señorita MARIA NEVILLE. — VARIETADES.

LAS FRESAS.

NOVELA RUSA.

—Pues señor, decía Alejowitz, he aquí que al fin he hallado el medio de hacer aceptar á la encantadora Fedia un regalo que, apesar de su valor, no ofenderá la delicada susceptibilidad de esa jóven; el genio del amor es sin duda quien me ha guiado á estos lugares, donde maduran, en medio de las nieves del invierno, las fresas, esa fruta que es lo que mas le gusta en el mundo. ¡Qué vengan á ofrecerme diamantes en cambio de esta fruta!... Los diamantes, estoy seguro de que ella los rehusaría, como ya lo ha hecho otras veces; pero esta fruta será tocada por su linda boca. ¡Oh dichoso Alejowitz! amante mil veces venturoso!

En un palacio imperial de los alrededores de San Petersburgo era donde el adorador de la gentil Fedia habia hecho aquel precioso descubrimiento; allí, bajo el helado cielo de aquella áspera comarca y en medio del invierno mas riguroso, habia visto aquellas fresas que, merced al cuidado é inteligencia de un hábil jardinero, habian adquirido un color y un aroma que únicamente suelen tener en la primavera. El enamorado jóven habia podido, sin exageracion, compararlas con las piedras preciosas, puesto que por una corta cantidad de aquella rara primicia pagó ochenta rublos sin regatear. Galante por naturaleza y muy ducho en el arte de agradar, Alejowitz se guardó muy bien de ir personalmente á ofrecer su regalo, sino que prefirió encargar este mensaje amoroso al mozo del jardinero, el cual llevaba por otra parte instrucciones tan oportunas que, apesar de su simulada reserva, la dama conoció el valor del regalo al par que el nombre del que lo enviaba.

Lo que habia dicho Alejowitz de la jóven no era mas que la pura verdad: una noble delicadeza le habia impedido siempre recibir el menor presente de ninguno de sus numerosos adoradores, aunque su fortuna estuviese muy lejos de corresponder á su nacimiento. La primera im-

presion que sintió á la vista de aquel delicioso regalo, tan delicadamente enviado por el generoso Alejowitz, solo podia ser una impresion dulce y halagüeña. Pero despues de un rato de reflexion, le ocurrió involuntariamente la idea de que sin duda se habia gastado una suma considerable por una cosa tan inútil, y entristecida por este pensamiento estaba mirando las fresas sin atreverse á tocarlas. Vino á sacarla de aquella abstraccion su madre, la cual, mas habituada aun que la misma Fedia á los cuidados de la casa y á las privaciones, adivinó lo que pasaba en el corazon de su hija y no tardó en dar cuerpo á sus ideas. Hizo presentes á la pobre niña las muchas frioleras útiles á su tocador, que hasta entonces en vano habian deseado ardientemente, pero que podrian procurarse por medio de una suma tan considerable y gastada con tanta prodigalidad: en fin tanto le dijo, que ambas quedaron acordes para vender secretamente el costoso é inútil regalo.

La criada, advertida con ciertas precauciones, corrió á buscar á una de sus amigas que se dedicaba á esta especie de comercio, la cual prometió llevarles un crecido precio en cambio de las fresas que se le confiaron. La madre y la hija estaban departiendo acerea de esta

aventura, que no les dejaba bien tranquila su conciencia, cuando vieron entrar en su casa á un noble polaco llamado Kossinski, el único tal vez entre todos los obsequiadores de Fedia que la amase con un verdadero amor. Menos rico y espléndido que Alejowicz, Kossinski no había podido probar su amor con magníficos regalos, mas el corazón de la joven parecía en el fondo concederle cierta preferencia. A la sazón hubiera sido difícil, sin embargo, el averiguar si la niña, demasiado esclava de la vanidad, se dejaba deslumbrar por un brillante exterior y si la frialdad con que fué recibido el joven polaco era efecto de la ventaja obtenida por su rival; ó si por lo contrario, —¿pues quien es capaz de penetrar los misterios del corazón de una joven?— tal vez la única causa de aquella frialdad era el verse Fedia obligada á dar muestras de deferencia al que menos había amado hasta entonces.

En vano el pobre amante cambia veinte veces de conversación: ninguna halla gracia ante su caprichosa querida, que no puede retener amenudo evidentes señales de impaciencia. Al fin se entabla la conversación sobre un asunto que parece interesarla: trátase de las estaciones. Del invierno se pasa al verano, del verano á la primavera, y de esta naturalmente se pasa á las fresas. La hermosa joven habla de las fresas con tal animación que no parece sino que las está deseando á costa de su vida.

—Pero, dice Kossinski bastante apurado y sin calcular la estension de su compromiso, si fuese posible, en medio de la estación en que estamos, hallar esta deliciosa fruta, la hermosa Fedia no la recibiría de manos del amor.

—Ni la mas activa princesa, replica la joven, se negaría á admitir un regalo tal, que solo con el auxilio de la magia se hubiese podido obtener.

Estas palabras de Fedia, el tono con que las ha pronunciado y sobre todo la imposibilidad de satisfacer su deseo sumen en el mas profundo dolor al enamorado joven. Acosado por una cólera concentrada, deja súbitamente á su querida, é insensible al frío recorre las calles de la ciudad imperial.

—Fedia, iba diciendo para sí, ha hablado de magia, y por cierto tiene razón, porque solo la magia puede dar, en medio de un invierno como este, frutas que no maduran hasta la primavera. Pero, ¿qué oigo? será un sueño?... Junto á él oye hablar de fresas en alta voz. En efecto era la confidenta encargada de la comisión que ya saben nuestros lectores: esta vendedora disputaba sobre el precio con el cocinero de un extranjero muy rico que, según decía aquel, debía dar al día siguiente una espléndida comida para celebrar la llegada de una compatriota suya. Ya solo se trataba entre ellos de la diferencia de unos pocos rublos.

Kossinski sin detenerse en reflexionar un momento, toma parte en su conversación, promete pagarlas al precio que quieran, y dirige al cocinero palabras tan suplicantes que este, creyendo habérselas con algun enfermo, le cede por humanidad el campo de batalla. Kossinski concluye en seguida la compra, bien que para el poseedor de una mediana fortuna, extranjero en una ciudad en donde todo cuesta tan caro, los veinte y cinco lúises de oro que ha pagado son un sacrificio mucho mas oneroso que los ochenta rublos dados por su rival. Sin embargo los satisface, y la vendedora saltando de gozo corre á llevar el dinero á su destino.

De pronto la vista de una cantidad tan considerable alejó del corazón de la activa Fedia la tristeza que le oprimía, tristeza que bien podemos atribuir á una especie de vergüenza. Mas no tardó en sobrecojerla un sentimiento mas penoso al saber el nombre del comprador, y este sentimiento subió de punto cuando la vendedora, confundiendo en su memoria lo que le había dicho el cocinero con las palabras de Kossinski, aseguró que el joven polaco había comprado aquellas fresas para hacerlas figurar en una cena que debía dar al día siguiente, en honor de una compatriota suya recién llegada. La joven no pudo reprimir á esta noticia una exclamación de dolor, que dió á conocer qué lugar ocupaba Kossinski en su corazón. Bien hubiera querido dudar aun, pero la circunstancia de haber visto la vendedora muchas veces á Kossinski al llevarles las provisiones ó al visitar á su amiga la criada, no dejaba lugar á ninguna clase de duda.

—He aquí pues, murmuraba Fedia, el motivo de sus distracciones y de su brusca salida: otra ocupa su pensamiento, y yo soy quien le ofrezco la idea de una agradable sorpresa para esta rival; infeliz de mí!

También su conciencia podía echarle en rostro el haber alejado á su amante con sus caprichos inexplicables. Atormentada por esta idea vé aparecer el amigo de aquel amante que cree perdido y... oh alegría?... aquellas coloreadas fresas que tanto cuidado le infundían, le son presentadas por segunda vez.

Menos versado que Alejowicz en las delicadezas de la galantería, el leal Kossinski había creído que lo mejor que podía hacer era enviar su regalo por el camino mas corto, y únicamente había adornado con flores y cintas el cesto que le contenía. No es comparable el efecto que haya producido jamás regalo alguno en el corazón de una joven con la revolución que obraron en el de Fedia aquellas fresas, cuyas peregrinaciones no habían terminado aun. La madre, fuera de sí de alegría, vió en la feliz casualidad que las llevaba segunda vez á su posesión el medio mas eficaz para pagar una deuda de gratitud, pues, teniendo las mayores obligaciones para con un célebre abogado que consiguió poner en orden sus negocios bastante enredados, creyó corresponderle del mejor modo posible con regalarle una curiosidad tan cara y esquisita. Así fué que el lindo cestito con sus cintas y con sus flores fué pronto llevado al nuevo destino que le acababa de dar la madre de Fedia, sin que tratara de oponerse en lo mas mínimo la última, asaz conmovida ya por los incidentes de aquel regalo.

El nuevo poseedor de las fresas hallaba igualmente sumo placer en contemplarlas; bien que este placer era menos sentimental. Se las presentaban en una ocasión muy oportuna, porque ya hacia tiempo que el abogado buscaba algo de extraordinario que ofrecer al ministro de policía, quien le había prestado un eminente servicio, y apesar de las quejasas observaciones del ama de llaves, nuestras pobres peregrinitas figuraban poco despues en el tocador del ministro, que pasaba á la sazón por un galante como buen mozo.

Bajo su atavío de cintas y de flores las traidorcillas se hacían mas apetitosas aun, y el ministro las estaba admirando con cierta complacencia cuando anunciaron á M. Kossinski. Guiado por un genio maligno iba en aquel momento á solicitar el favor del ministro para uno de sus amigos, que había incurrido en la desgracia del confidente del czar. Solo Dios sabe lo que pasó en el alma del joven polaco cuando su vista se fijó en el lindo cestito: faltóle la voz, y no tuvo fuerza para pronunciar una sola palabra. Por fortuna acertó á entrar Alejowicz, íntimo amigo del ministro. Este á su vez reconoce las fresas, con no poca admiración, y de repente desaparece la risueña animación que brillaba en su semblante: figura-sele, lo mismo que á Kossinski, que el ministro es el amante favorecido y que ha recibido aquel presente de manos de la infiel Fedia.

Sin embargo la impresión producida por la sorpresa no fué igual en ambos jóvenes. Alejowicz, mas galanteador que sentimental y mas ingenioso que apasionado, sintió el golpe mucho menos vivamente que el infeliz polaco. Era demasiado buen mozo, había alcanzado victorias demasiado numerosas y brillantes para que le impresionase en alto grado la infidelidad de una ingrata como Fedia. Con una presencia de espíritu envidiable sofoca á su amor propio, y no viendo en la rivalidad con su amigo mas que una aventura algo peregrina, se propone no dirigir reconvenções de ninguna clase á la bella ingrata. Bástale por toda venganza el hacerle comprender cuan indigno y cuan poco conforme con la buena educación ha sido su proceder, y como la presencia de un tercero le impide hablar libremente con su amigo, sale para tener al momento una explicación con Fedia.

Mientras que los dos amigos cambiaban algunas palabras afectuosas, Kossinski no había podido apartar sus miradas del cestito: una palidez mortal cubría sus mejillas.

—Estas frutas que me he procurado por medio de un enorme sacrificio, estas cintas y estas flores, testigas

y mensajeras de mi amor, son ofrecidas á mi rival, y yo mismo soy vilmente burlado.

Dos medios le ocurren para vengar esta afrenta: ir al momento á casa de Fedia á pedirle cuenta de su infame traición, ó obtener, desde luego, una satisfacción sangrienta de su favorecido rival; pero la posición de este último no le deja lugar para elegir entre los dos partidos. Explica en pocas palabras al ministro la causa de su visita retirándose luego, y con el corazón lleno de rabia se encamina á la casa de la joven, donde se halla con Alejowicz, que había llegado un rato antes. Conmúevase Kossinski á su vista, y el encuentro de los dos amantes, enfurecidos ambos, evita á Fedia la terrible escena que cada uno iba dispuesto á representar.

El ministro, al quedar solo, consideró que había egoísmo en saborear únicamente el aquella fruta tan rara, y halló preferible saber que había sido comida por una linda boca. Recordó concienzudamente la lista de las bellezas que había obsequiado, y su elección recayó sobre Fedia que, ademas de su notable gentileza, tenía la incomparable ventaja de ser su mas reciente conocida, pues la había visto por primera vez en un baile dos días antes.

Ya era tiempo que le ocurriese esta feliz idea para poner de manifiesto la inocencia de la pobre joven: Alejowicz le estaba lanzando, rato había, duros reproches con palabras cubiertas, y Kossinski dejaba traslucir su mal reprimida cólera. Hallábase pues la pobre Fedia en una situación bastante apurada cuando, abriéndose la puerta, le presentan por tercera vez el viandante regalo.

Los dos amantes se convencieron fácilmente, por las palabras que le acompañaban, de que el ministro no podía de modo alguno haber recibido de Fedia aquellas famosas fresas, diéronse luego explicaciones, y la madre, para que no subsistiese la mas leve sospecha, refirió fielmente todo cuanto había sucedido.

Esta aventura produjo, sin embargo, grandes resultados: Fedia y Kossinski pudieron leer en el fondo de su corazón, y Alejowicz, á quien asustaban los compromisos formales, cedió con mucho gusto el puesto á su rival mas verdaderamente enamorado. Aquella misma noche, las fresas hallaban al fin de su odisea en una alegre cena que selló los esponsales de nuestros dos amantes.

EL CASTILLO DE LAS TRES TORRES.

POR M. MÉNÉ.

II.

De Jonsac estuvo esperando el lunes en un lugarejo, á dos leguas de distancia de Saint-Amand.

Solo el amor era capaz de lanzar en pos del castillo de Luisa á un ser humano con el intenso frío que reinaba en el campo. La sola idea de semejante viaje, emprendido en semejante noche, era la declaración mas verídica y vehemente que podía imaginarse.

No era el frío lo que hacía temblar al joven, sino la idea de contemplar la oscuridad en la ventana de la torre. Hallábase aun á larga distancia del objeto, y ya buscaba el faro de lleno en el departamento del Cher, sin que pudiese preocuparle ilusión alguna, como que no brillaba una estrella tan siquiera en el cielo, ni una lámpara en las cercanías. Eran las nueve, y el rigor del frío había aconsejado á los campesinos las dulzuras de la cama.

Estremeciéndose de Jonsac á la primera luz que brilló en el aire. Nada para él era mas halagüeño que aquella brillante respuesta de la joven: no era posible concebir un billete virginal mas elocuente que aquella modesta llama que al parecer daba calor á la helada atmósfera y comunicaba el aliciente de una noche de verano á aquella noche polar.

Ocurrióle al joven una idea, hija de las circunstancias, que modificó su plan primitivo. No contento con recibir aquella respuesta, creyó que con un poco de audacia podría tal vez descubrir un rostro celestial en la misma ventana de la torre.

Convencido de la verosimilitud del hecho, tras-puso los límites de las tierras de M. Honorato, y al reconocer el castañar que las distinguía penetró en él para servirse de los árboles como de un velo y llegar al glacié.

Al llegar á breve distancia del castillo, oyó, é por lo menos le pareció oír una voz humana, y se detuvo para escucharla.

Aquella voz salía de una cabaña que el joven no podía descubrir enteramente, porque se la ocultaba una arboleda.

La cabaña era una pertenencia del castillo, que enviaba al eco de los árboles algunas ligeras cartajadas, desconocidas en una cabaña ordinaria, particularmente en semejante noche.

Tranquilizado por la respuesta, Carlos de Jonsac experimentó un vivo sentimiento de curiosidad al oír aquel susurro tan singular y tan próximo, y poniéndose á caminar de puntillas con una precaución muy minuciosa, cual pudiera hacerlo en otoño, cuando el ruido de las hojas revela la presencia de los curiosos, llegó al pie de una pared vestusta, perforada con una abertura que parecía ventana, pero de repente la admiración cerró los ojos del indiscreto curioso, porque acababa de ver lo que parecía increíble.

En medio de un salón amueblado con un aseo superior al que podía esperarse en una cabaña, y calentado por la chimenea de un opulento castellano feudal, aparecía una mesa con manteles blancos y cubiertos de manjares exquisitos y botellas de cristal, en tanto que dos hombres, sentados á aquella especie de *biclinium* estaban embaulando tajadas como el puño, bebiendo á cada bocado y riendo á carcajada tendida á cada palabra. De estos dos hombres, el uno era M. Honorato Karlavan, y el otro el guarda Antonio.

Pareciéndole imposible lo que veía, de Jonsac echó de nuevo una mirada al interior de la cabaña para convencerse.

Las vidrieras de la ventana, herméticamente cerrada, no le permitían oír lo que decían los dos interlocutores, pero sus gestos y talante daban á entender que estaban hablando de cosas muy divertidas.

A no ser la intensidad del frío, nuestro joven hubiera prolongado sus observaciones hasta el fin del nocturno banquete, pero no pudiendo sostenerse mas tiempo, pues á fuerza de andar por el hielo se le había cuajado la sangre de los pies, creyó necesario echar á correr. Por otra parte no podía esperar que se le presentara en aquella noche una escena mas extraordinaria, porque le bastaba con lo visto para aguzar el ingenio y recapacitar el medio de resolver aquel problema.

Era evidente que un banquete tan opíparo no se celebraba á espensas del guarda Antonio, y que cada noche se reproducía á costa del avaro castellano. La familiaridad establecida entre los dos comensales argüía una condición igual y un no sé qué de misterioso en el supuesto empleo de guarda que desempeñaba Antonio en la hacienda de M. Honorato.

Lleno de estas ideas, Carlos de Jonsac echó la última mirada á la ventana, que continuaba iluminada como un faro, en medio de las densas tinieblas de una noche de invierno, y se encaminó de nuevo á su posada lugareña.

Deseando descansar un poco de su febril agitación, Carlos de Jonsac apeló á un remedio que le pareció muy natural y aun infalible. Rico como era, dueño de sí mismo, é hijo único de una madre complaciente, que le importaba la equívoca y misteriosa vida del padre? Enamorado de la niña, y dotado con todas las ventajas que puede reunir un novio, es claro que debía salir airoso en su demanda, pues ¿qué padre negaría su hija á un caballero de veinte y cuatro años, dueño de una gran fortuna y enamorado sin rival alguno?

Algo tranquilizado por estas ideas, Carlos de Jonsac combinó el plan de una carta que debía subyugar á M. Honorato y arrebatarle legalmente la hija, y en seguida se echó á dormir.

Considerando sin embargo que la decisiva carta debía fecharse en París, Carlos de Jonsac se restituyó á casa de su madre, que era una de esas muchachas que suelen aprobar el casamiento de sus hijos, á diferencia de los padres, y redactó la demanda en estilo humilde y suplicante, con algunas modificaciones que en ella introdujo madama de Jonsac.

Habiendo salido la carta en alas del correo, Carlos de Jonsac se entregó á los sabrosos ensueños de su edad creando un paraíso terrestre en Ville-d'Avray, y en la orilla de un lago, esmaltada por los lilas de abril y por las rosas de mayo, é imaginándose á su mujer en el verde prado, con una bata blanca, con un ceñidor azul flotante, con un sombrerito florentino, coronado de margaritas, para vivificar á una naturaleza siempre muerta, aunque siempre bella, cuando no la anima la gracia de una mujer.

Carlos de Jonsac contó primeramente los días, luego las horas, y por último los minutos, explicando la demora con el plazo razonable que era preciso conceder al padre, porque le parecía muy natural que en un asunto tan grave quisiera reflexionar. La demora sin embargo fué tomando proporciones alarmantes: pasaban días y días, y únicamente le quedaba á de Jonsac el eterno recurso de echar la culpa al correo, recurso que nunca merece entero crédito, pero que siempre da un poco de consuelo.

Al fin y al cabo fué necesario escribir de nuevo, mas el resultado fué el mismo, pues la demanda fué contestada con el mas profundo silencio.

Habia desaparecido el invierno al primer soplo de 20 de marzo; resucitaba la naturaleza, y el río se deslizaba alegremente por el prado. Madama de Jonsac manifestó á su hijo que lo mas acertado era ir entrambos al castillo de las Tres Torres para pedir personalmente la mano de Luisa.

— Tal vez el padre, decía madama de Jonsac, es uno de esos caballeros austeros que todo lo sacrifican á su comodidad: tal vez espera una demanda tibia, porque no cree mucho en la tuya.

Como de Jonsac andaba escogitando una buena razón que le sustrajera á su profundo despecho, aplaudió con entusiasmo la idea de su madre, y dijo:

— Bien: yo iré con vos, pero os aguardaré en Saint-Amand, porque no quiero presentarme en el castillo.

Y he aquí que la madre y el hijo tomaron una silla de posta que los condujo rápidamente al castillo de las Tres Torres. Presentóse sola madama de Jonsac á la puerta del castillo, y preguntó por M. Honorato Karlavan, mas el criado respondió con indiferencia:

— No está en casa.

— Pues anunciadme á la señora, replicó madama de Jonsac.

— Cuando el señor está ausente, la señora no recibe á nadie, dijo el criado con la misma frialdad.

— Sin embargo, añadió madama de Jonsac, he hecho expresamente el viaje de París á este castillo para hablar á M. Honorato sobre un asunto de mucha importancia.

Mas el criado hizo ademán de cerrar la chillona puerta sin decir una palabra.

— Toda vez que no me queda otro recurso que retirarme... dijo madama de Jonsac con voz conmovida.

El criado se puso á talarear una canción, como si se complaciera en insultar á una señora tan noble sin comprometerse.

Pareciéndole inútil insistir mas, la madre de Carlos subió otra vez al coche y fué al encuentro de su hijo, que al saber el resultado de aquella diligencia se sintió acometido por un violento esceso de cólera.

Siendo necesario que sucediera á la cólera el raciocinio, Carlos de Jonsac se puso á discurrir, y no pudiendo persuadirse á que M. Honorato estuviera ausente, parecióle mas acertado creer que el criado había tenido la orden de mentir; pero ¿qué

medio debía adoptarse para conocer el fondo de un misterio que no ofrecía ningún antecedente en la historia de las familias? ¿Qué recurso quedaba para poner una carta en manos de Luisa?

Después de un raciocinio de muchos días, Carlos de Jonsac concibió una idea que le parecía feliz. El amor es ingenioso é ingeniero, como que sabe disponer un hornillo en el mismo glacié de un castillo.

Habiendo visto nuestro joven en una calle desierta á un buhonero al parecer estúpido que caminaba lentamente con un cajón lleno de estampas de Epinal y libros de Aviñon, le hizo una seña para que se acercase, le ofreció clandestinamente una moneda de oro, y pasó revista á su ambulante tienda. El dinero es un instrumento eficazísimo para hacer inteligente al hombre mas necio.

— Si me sirves bien, dijo Carlos de Jonsac, quedarás contento de mí.

Y un rayo de luz iluminó el antipático rostro del mercader errante.

— Primeramente muéstrame esos cuadros.

Los cuadros que quería ver de Jonsac representaban imágenes de santos para adornar con sus fuertes colores el dormitorio de los campesinos.

Carlos de Jonsac estuvo buscando largo rato en la colección una santa Luisa, mas no habiendo hallado tal santa, tomó una santa Lucia, é indicó al buhonero las señas de su casa diciendo: Dentro de dos horas irás á verme, ¿entiendes? y ganarás hoy mas dinero que puedes ganar en un mes.

Sonrióse ingenuamente el buhonero, y contestó con espresivo gesto:

— Iré: contad conmigo.

Habiendo penetrado en el cuarto de la posada, Carlos quitó el vidrio del cuadro de santa Lucia, y á fuerza de trabajo sustituyó este nombre con el de Luisa, sin que fuese posible descubrir el inocente fraude. En seguida escribió á su amada una carta muy larga en que le declaraba todo lo ocurrido concluyendo por pedirle una cita, manifestarle que el otro día iría á esperar la contestación á media noche al pie de la torre, y puso la firma en estos términos: «Vuestro esposo Carlos de Jonsac».

Nuestro joven colocó la carta entre el carton y la estampa, y luego volvió á arreglar al cuadro para ocultar el amoroso ardor.

El buhonero recibió instrucciones muy circunstanciadas, pues Carlos de Jonsac no quería omitir ningún esfuerzo para comunicar á su mensajero la astucia de Ulises en la corte de Scyros.

Adestrado con tanto esmero como pudiera estarlo un perro sabio, el buhonero se dirigió al castillo de las Tres Torres, á la hora de comenzarse el receptivo. M. Venard y M. Honorato estaban apuntando las partidas con lápiz; mas el criado Antonio se hallaba á la sazón ausente y á mucha distancia por razones del servicio interior, y el único criado que quedaba, aprovechándose de las horas del juego, estaba durmiendo en la campana de la chimenea. Cuando la casualidad se empeña en protegernos, todo nos sale á pedir de boca. El buhonero, recordando perfectamente las instrucciones recibidas, entró en el castillo con aire de indiferencia, atravesó el vestíbulo, siguió el corredor de la ropa blanca, y llamó suavemente á la puerta de la sala donde estaban trabajando las dos mujeres.

¿De donde nace la inspiración infalible que asiste á las muchachas en los momentos decisivos? Y ¿cómo es que los hombres estén tan estúpidos en los mismos casos?... Ello es que al ver al buhonero con su museo y su ambulante librería, Luisa adivinó inmediatamente que aquel personaje era un mensajero de amor.

El buhonero hizo un saludo á lo saboyano, tomó cierto aire de tonto, y comunicando á su semblante una sonrisa de indiferencia dijo:

— Buenos días, señores: traigo unos cuadros muy buenos y baratos, aprobados por el señor obispo.

— ¡Hola! ¿véamoslos, dijo Luisa; acercaos, buen hombre.... quisiera comprar un *Rut* y *Booz*: ¿le teneis?

No comprendiendo el buhonero esta pregunta,



Acababa de ver lo que le parecía increíble. (Pág. 35, col. 1ª.)

porque no estaba en su programa, tartamudeó algunas palabras, y temblando á la idea de perder los prometidos honorarios, respondió:

— Santa Booz, no la tengo, pero traigo otras. Aquí están, señorita; miradlas, que eso no cuesta nada.

Tomó Luisa unos doce cuadros para examinarlos muy atentamente, y al ver á santa Luisa, cuyo nombre ofrecía un carácter equivoco, sin manifestar la menor sorpresa dijo con el tono que requería la prudencia:

— ¡Hola! mi patrona; está muy colorada, mas no le hace... ¿Cuanto pedis por esta santa Luisa?

— Señorita, respondió el buhonero, no quiero engañaros... Ahora mismo he vendido su pareja á la mujer del posadero del *Sol de oro*... Son quince cuartos, ni mas ni menos. Hace mucho calor, y es muy pesado ir de una parte á otra.

— Esperadme un instante, dijo Luisa, que voy por el dinero.

La joven subió á su cuarto con el cuadro, rompió el vidrio, leyó la carta de Carlos, y escribió con lápiz estas palabras: *Cuando lo sepais todo, estoy segura que me perdonareis. No me juzgueis todavia, y ya que estais con vuestra madre, en ella me fio. Decidle que vaya á abrazarme y bendecirme á las doce de la noche en el camino de Paris.*

Todo esto fue obra de dos minutos. Habiéndose recobrado de su emocion, Luisa se presentó de nuevo al buhonero, y le pagó los quince cuartos; mas cuando vió que el buhonero se encaminaba de nuevo al corredor, levantóse apresuradamente y le dijo en voz alta: — Cuando tengais un san Luis, traedle. — Y en voz baja: — Entregadle esta carta.

En seguida la joven fué de nuevo á sentarse, y continuó su labor con una calma al parecer completa.

El resultado favorable era mas pronto que habia esperado de Jonsac; pero no necesitó poca elocuencia para vencer los escrúpulos de su madre, que apesar del celo que la animaba en favor de su hi-

jo no queria ser cómplice en un rapto, hecho inaudito en la historia de las madres. Por último la desesperacion sugirió á de Jonsac algunas razones victoriosas, y la bondadosa madre enternecida se dejó desarmar, porque su hijo habia pronunciado la palabra *suicidio*, y es casi imposible que esta temible amenaza deje de producir su efecto cuando sale de un corazon resuelto.

— Yo no sé si es un rapto, dijo madama de Jonsac; pero si sé que es una buena accion.

Las circunstancias dan nombre nuevo á las cosas.

Las madres tiernas están siempre predisuestas á amar á las niñas á quienes aman sus hijos. Madama de Jonsac recibió en brazos á Luisa confundiendo el llanto de esta con el suyo, y en esto consistieron todas las esplicaciones, porque no hay lenguaje tan expresivo como el de las lágrimas. Carlos de Jonsac estremó la delicadeza lo mas posible, como que no quiso bajar del asiento que ocupaba en la silla de posta.

El coche se puso á correr y no se detuvo hasta el fin de la calle Vaugirard en Paris, en frente de la casa patrimonial de madama de Jonsac.

Carlos abrazó á su madre, saludó á Luisa sin decirle una palabra, y fué á alojarse en un cuarto amueblado cerca del Luxemburgo.

Durante el viaje Luisa no pronunció mas palabras que las necesarias para dar una respuesta á las alarmas y preguntas de madama de Jonsac.

— No hay que temer, señora: habeis hecho una buena accion. Estad segura de que M. Honorato Karlavan no os perseguirá ni á vos ni á vuestro hijo. Lo juro por el cielo, y esto es cuanto puedo decir.

El acento de que iban acompañadas las palabras de la joven acabaron por tranquilizar á madama de Jonsac; mas su hijo, que conocia en parte la misteriosa y equívoca existencia de M. Honorato, completó la obra de Luisa con respecto á las alarmas maternas aunque sin entrar en ninguna confidencia relativa á las nocturnas escenas de la cabaña del castillo de las Tres Torres.

Si M. Honorato, decia justamente Carlos para sí, se interesa en el honor de su familia, no tar-

dará en escribirme ó escribir á mi madre, puesto que conoce las señas de mi casa, y al cabo de cierto tiempo, si se obstina en su extraño silencio, volveré á escribirle para pedirle por última vez la mano de su hija.

Quince dias trascurrieron sin que llegase del castillo de las Tres Torres ninguna carta ni queja. La familia de Jonsac seguia en las mismas costumbres, el hijo no iba nunca á casa de su madre, para respetar la hospitalidad concedida á una muchacha, pero la madre iba cada dia á la habitacion de Carlos para responder en los mismos términos á las apasionadas preguntas de su hijo.

— Nunca dice una palabra; pasa el dia llorando y rezando, pero tambien me muestra su gratitud á fuerza de caricias, y me parece que se siente feliz, y que no echa de menos el castillo ni su familia.

— Todo puede esperarse del tiempo, que es el gran revelador, decia Carlos.

Y los dias iban pasando sin traer revelacion alguna. Carlos no paseaba nunca de dia cerca de la habitacion de su madre, pero por la noche se disfrazaba é iba al horizonte de Paris á respirar el aire que respiraba su futura esposa. Complaciase en observar su ventana, y aunque la veia siempre cerrada, se contentaba con aquella sombra de felicidad.

Cierta noche, al pasar en frente de una tienda iluminada por muchas luces de gas, observó en aquel fondo deslumbrador una singular catadura que reconoció al instante. Era la del supuesto guarda Antonio.

Acto continuo nuestro joven modificó su paso, y dejando un espacio bastante largo entre Antonio y él, empezó á seguirle con la resolucion de no perderle de vista.

El supuesto guarda penetró en los solitarios barrios situados en las cercanias de los *baluartes* del Monte Parnaso y se detuvo á la entrada de un patio que habia en una calle proyectada, donde á la sazón no habia mas que una casa.

Carlos dió gracias á la casualidad, ó por mejor decir, á la Providencia, que al parecer iba á levantar una parte del misterioso velo del castillo de las



¿Cuánto pedís por esta Santa Luisa? (Pág. 36, col. 1ª.)

Tres Torres, y determinó aprovechar todos los incidentes que anunciaba el primer indicio.

Reservando sus confidencias para los resultados decisivos, Carlos no quiso divulgar á su madre lo que acababa de ocurrir y continuó su solitaria vida. Por espacio de muchas noches fué á emboscarse á la misma hora en la proyectada calle para atisbar á Antonio, pero inútilmente, porque el supuesto guarda no pareció nunca mas. La habitación situada en el fondo del patio estaba al parecer desierta, como que de día no se abría en ella ninguna ventana, y de noche no brillaba ninguna luz.

Perpetróse á la sazón un crimen horrible que difundió la alarma en el barrio del Monte Parnaso; mas aunque los periódicos le publicaron refiriendo todos sus pormenores, al cabo de treita años se ha echado completamente en olvido.

En 30 de abril cerraba el plazo de una letra, y un dependiente de comercio se presentó con una pesada alforja y una enorme cartera á la puerta de una casa aislada en el barrio del Monte Parnaso para cobrar una letra de quinientos francos. Abrióse la puerta al segundo campanillazo, y el dependiente de comercio atravesó el jardín, para entrar en la casa de donde no salió mas.

Tres días después la policía, conmovida por la desaparición de un dependiente de comercio, tomó minuciosos informes sobre los pagos que debían verificarse en 30 de abril, y descubrió el teatro del crimen sin hallar al criminal.

Habíase cometido aquel horroroso asesinato en los siguientes términos: «Cierta sugeto alquiló con nombre supuesto aquella casita aislada estableciendo en ella un simulacro de caja y de despacho: la letra de quinientos francos circuló como de costumbre, pero revestida de firmas falsas, y habiéndose presentado el dependiente al primer suscriptor, fué robado y asesinado.»

Al leer en los periódicos los pormenores del crimen Carlos de Jonsac acudió á la casita aislada, y la vió invadida por la policía. ¡Qué revelación mas espantosa para el noble jóven! Ninguna duda le quedaba ya: el crimen partía del castillo de las Tres Torres, y el cómplice era el padre de Luisa,

el hipócrita avaro que pasaba los días en la frugalidad, y las noches en la disipación.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuación.)

25 de Enero.—Acabo de llegar del baile. La agitación que han producido en mis nervios el bullicio, el movimiento y la música no me permiten conciliar un sueño pacífico, y aprovecho este insomnio para poner en orden mis recuerdos y sensaciones.

Un baile en San Petersburgo presenta muchos puntos de contacto con un baile en París: en él se ven los mismos trages, las mismas flores, los mismos diamantes, y la misma falta de naturalidad así en los hombres como en las mujeres. El gran mundo es el mismo en todas partes: siempre en busca de distracciones da al fastidio que le abruma el nombre de placer. Yo esperaba ver ejecutar algunos de aquellos bailes en que tanta gracia y originalidad ostentan á veces los pueblos del norte, pero he tenido que contentarme con la monótona contradanza parisiense. Lo que ha llamado particularmente mi atención ha sido el lujo en las flores; bajo este clima nada mejor que las flores puede dar una idea de la riqueza y de la civilización. Los diamantes gustan aun á los pueblos mas atrasados en cultura; solo en las sociedades verdaderamente ilustradas es donde se comprende el lujo en las flores.

No he salido mas que una vez á bailar, y ha sido únicamente para hacer pareja con la de Prascovia. Puedo lisonjearme de que mis discípulas han causado mucha sensación en el baile, todos admiraban el aire de ingenuidad y candidez que constituye el principal carácter de su hermosura. Toda la velada he estado en compañía de madama Napoukine, la cual,

á ratos, me parecía muy satisfecha por el éxito y felicidad de sus hijas, pero también eché de ver, observándola de cerca, que su pensamiento estaba en otra parte, y que hacía un esfuerzo sobre sí misma para fingir que se interesaba en lo que sucedía á su alrededor. Hasta recuerdo haberla visto palidecer en el momento en que un caballero vestido de negro, con el pecho cubierto de cruces y condecoraciones, se paraba delante de ella y la saludaba: su palidez se volvió lívida al devolverle el saludo.

—No es poca fortuna, señora, el hallaros en el mundo, le dijo pausadamente el caballero; se os ve con tan poca frecuencia...

—En efecto, vivo retirada, balbuceó madama Napoukine.

—Pues ha llegado el momento en que salgais de vuestro retiro: teneis dos hijas encantadoras, y es preciso pensar en casarlas.

—Son aun tan jóvenes...

—Razon de mas, señora, para introducir las en el gran mundo, así tendrán tiempo para fijar su elección. Sé muy bien que me dirijo á una señora inteligente, la cual no despreciará el consejo que, como amigo, me tomo la libertad de darle.

Después de haber pronunciado estas palabras con una entonación aun mas marcada, el grave personaje se inclinó de nuevo y fue á confundirse con la muchedumbre que bullía en los salones. Esta corta conversacion pareció conmover vivamente á Madama Napoukine: la voz de aquel personaje, su fisonomía y sus modales tenían á la vez un no sé qué de altanero y misterioso, cuya influencia era imposible evitar; su misma galantería fascinaba. Estaba casi temblando al preguntar su nombre á madama Napoukine.

—Hija mia, me contestó, sin duda habreis leído la historia del degüello de los strelitz por Pedro el Grande.

—Sí, señora.

—El czar, ejerciendo por sí mismo el oficio de verdugo, pasó dos veces consecutivas por delante de un strelitz que aguardaba su turno con la cabeza apoyada encima del tajo, sin que le hiriese.

Entonces el strelitz le asió por un estremo de su casaca.

— Señor, le dijo, ha llegado ya mi vez.

El czar volvió la cabeza y miró al soldado. Este era joven y buen mozo: acababa de dar una prueba muy grande de heroísmo, y en virtud de esta circunstancia el czar le perdonó la vida.

Aquel strelitz tuvo un hijo que se casó después, teniendo de este matrimonio cinco hijos en quienes se reprodujo la admirable hermosura de su abuelo. Dos de ellos sobre todo se han hecho célebres por su fortuna y sus crímenes bajo los nombres de Gregorio y Alejo Orloff.

Empezando su carrera como simple soldado de la guardia, Gregorio Orloff llegó a ser después amante de Catalina y asesino de su marido Pedro III, tuvo toda la Rusia a sus pies desde la emperatriz para abajo, y murió loco de celos y de desesperación al verse suplantado por Potemkin. Sin embargo, su hermano y cómplice Alejo vivió bastante para la espionaje.

Cierta día, un edecan de Pablo I, hijo del czar asesinado, se presentó en casa de Alejo Orloff, y le dijo a poca diferencia lo que sigue:

«Príncipe, habéis obtenido el singular favor de llevar en el ojal de vuestra casaca un medallón de diamantes con el retrato de la difunta emperatriz Catalina; el czar quiere que desde ahora le substituyais este otro que él mismo os envía y que siempre llevaréis con vos.»

Este segundo retrato era el de Pedro III, víctima como ya sabéis, de Alejo. Algunos días después Alejo Orloff se vió obligado a seguir, a pie y con la cabeza desnuda, el cadáver de aquel príncipe que había asesinado. El matador anduvo así hasta haber subido a la fortaleza, y asistió luego a la ceremonia espionaje en que Pablo I hizo encerrar los restos de su padre dentro de una tumba construida junto a la de la emperatriz. Encima de los dos sepulcros se lee esta inscripción: *Reunidos después de la muerte, separados durante la vida.* Inútil me parece ya ahora deciros que el descendiente del strelitz y de los asesinos de Pedro III es el conde Orloff, el amigo, confidente y favorito de Nicolás I y su ministro de policía: este es el sujeto que acaba de hablar conmigo. Madame Napukine pronunció estas últimas palabras en voz muy baja como si temiera ser oída.

También he visto en esta corte una notabilidad de otra clase, que ha hecho bastante ruido en Europa y goza en Francia de cierta popularidad; me refiero a M. Anatolio Demidoff, quien es príncipe entre vosotros, dicen con orgullo los rusos, al paso que entre nosotros solo forma parte de la quinta categoría del *tchin*. Hanme contado la historia de su familia, y me ha parecido bastante peregrina.

Durante la guerra de Suecia, el czar Pedro el Grande perdió, en las inmediaciones de la ciudad de Toul, una de las pistolas que llevaba al cinto, y esta pérdida le contrarió tanto mas vivamente cuanto que a la sazón las fábricas rusas estaban aun muy poco adelantadas para producir armas de lujo. En consecuencia dió orden a uno de sus edecanes para que escribiese a Francia que le mandasen otra pistola como la anterior. Vivía entonces en Toul un armero llamado Demide cuya habilidad é ingenio había tenido ocasión de experimentar el edecan, y así fué que habló de él al emperador, quien hizo comparecer al artesano.

— Podrías hacerme un arma absolutamente igual a esta? le dijo mostrándole la pistola que le quedaba.

— Si, padre, contestó el armero, con tal que me deis para ello tiempo suficiente.

— ¿Cuánto tiempo quieréis?

— Un mes.

— Pues yo te doy dos; solo te advierto que trates de quedar bien, porque de lo contrario cuidado con tus espaldas!

Al cabo de dos meses Pedro I se hallaba otra vez en Toul: su primer cuidado fué acudir a casa del armero.

— Y bien, le dijo, está lista la pistola?

— Aquí la teneis, padre.

Y así diciendo Demide puso en manos del emperador una pistola tan perfectamente igual a la que

este le estaba enseñando que era imposible establecer entre ellas la mas minima diferencia.

Hasta entonces bien es verdad que el emperador había tenido soldados, pero muchas veces les faltaban armas, ahora se las fabricaba el armero de Toul: en un día se duplicó, pues, el poder de la Rusia, que no hubo de acudir ya al extranjero para defenderse ó para conquistar. El armero de Toul era un hombre de genio como tantos otros que, en todos tiempos y países, se hallan confundidos é ignorados en el pueblo, puesto que Demide no solo fabricó pistolas y fusiles en grande escala, sino que además fundió cañones, benefició minas y creó la industria metalúrgica tan importante hoy día en Rusia.

Una pistola estraviada en Toul fué, como se vé, el origen de la fortuna de los Demidoff y la causa de un rápido y considerable acrecentamiento de poder para la Rusia.

El padre del actual príncipe Demidoff ha sido el consejero de estado Demidoff, cuyo lujo y prodigalidades, tanto han dado que hablar con el tiempo. Citábase sobre todo el lujo de su mesa, en la que podían saborearse en todas estaciones los frutos naturales ó los productos del arte gastronómico de las cinco partes del mundo; y decimos que podían saborearse, pues él, si bien daba banquetes de Lúculo, no comía mas que legumbres y solo bebía agua clara: los padecimientos de la gota le imponían este severo régimen dietético. Jamás hombre alguno ha tenido mas secretarios; formaban en verdadero ejército y en su palacio vivían como un país conquistado, disponiendo de todo: caballos, coches, criados, de todo disponían a su antojo. Un día M. Demidoff quiere montar una magnífica yegua que ha mandado traer de Ucrania con no pocos gastos, mas en vano buscan y registran todas las caballerizas, el animal no es hallado: cátenle ahí al buen hombre obligado a salir a pie. El primer individuo con quien tropieza al salir a la calle es su primer secretario que montaba la yegua en cuestión.

— Malvado, esclama, quieres devolverme mi caballo!

El secretario, aterrado á esta brusca interpelación, se para y se dispone á apearse de su montura.

— En resúmenes cuentas, prosigue el consejero, quedate á caballo; también me lo habías de volver á quitar si lo soltases ahora, y para que no suceda esto, ya te lo doy.

A mi ver M. Anatolio Demidoff se halla sumamente fastidiado en la fiesta de la condesa de Ermolay, verdad es que le dejan consumirse en su rincón y casi nadie se acerca á hablarle, por que según dicen no está en favor por el presente; el emperador le ha llamado posteriormente de Florencia y á su regreso le ha recibido de una manera bastante fria.

El caballero con quien ya he bailado acaba de venir segunda vez á invitarme; yo me he negado so pretexto de cansancio. Es un gallardo joven de unos diez y ocho años, que lleva con tanta elegancia como distinción el uniforme militar. Me ha hablado con una animación extraordinaria de Francia y de París, cuya ciudad está anhelando poder visitar. He sabido después que mi pareja era el hijo mayor del príncipe Menschikoff, uno de los personajes mas importantes del imperio. Mis vecinas del baile han quedado atónitas y escandalizadas de que me negara á la invitación de semejante caballero.

Desde la visita á la condesa de Ermolay y del baile que acabo de referir se ha efectuado un cambio bastante notable en nuestro método de vida. Madame Napoukine parece haber renunciado al sistema de aislamiento que observaba tanto tiempo hace, y el cual estaba muy lejos de desagradarme, apesar de lo cual he sabido, no sin cierto placer, que esta noche asistiríamos á la representación del Teatro Francés. La idea de ver compatriotas nuestros se nos presenta siempre muy halagüeña cuando vivimos en el extranjero, y si á esto se añade lo poco acostumbrada que estoy á los placeres de la escena podrá

calcularse la impresión que me ha causado esta noticia: en toda mi vida no he estado mas que cinco ó seis veces en el teatro. A lo que me aseguran veré allí gran número de notabilidades dramáticas parisienses; la función de hoy es á beneficio de un actor que está aquí muy en boga, y cuyo nombre según dicen es muy conocido del público de París. Llámase Tetard, y, si no me engaño, me parece haber oído hablar de él y haber visto su nombre en los periódicos.

Al dirigimos al teatro hemos encontrado al paso un cortejo militar que paseaba con grande aparato por las calles doce estandartes turcos, trofeos de no sé que victoria alcanzada en Asia. Hemos entrado en el palco en el momento en que iban á levantar el telón; la sala del Teatro Francés, restaurada completamente hace poco, presenta un bello golpe de vista. Asistían á la función el emperador y el gran duque Alejandro; también se había anunciado la presencia de la emperatriz, á la cual no ha permitido salir de palacio el estado de su enfermedad. Han dado la *Piedra de toque*, y una pieza los *Filósofos de veinte años* de la hija de un actor del Teatro Francés, Samson, que se llama Madame Berton. El principal papel ha sido desempeñado con un éxito completo por Madame Arnould-Plessy. Luego se ha representado el *Escándalo*, vaudeville que la censura había prohibido hasta aquí, y que se ha puesto en escena mediante la autorización del emperador. El público ruso es el mas estusista de los públicos á juzgar por los aplausos que ha prodigado á Madame Arnould-Plessy, si bien es verdad que contribula no poco á aumentar este entusiasmo una historia que se contaba en un palco próximo al nuestro. Declase que, obligada á substituir de improvisó á la actriz que tenía á su cargo el principal papel, lo había aprendido en menos de media hora; cierto que el papel no era largo, pero esto no quita que merezca citarse como un esfuerzo digno de elogio.

El beneficiado Tetard ha cantado varias arietas cómicas con tal gracia que ha triunfado de la misma gravedad imperial: el emperador se reía en su palco á carcajada tendida como un simple particular, y el gran duque Alejandro participaba de la hilaridad de su padre, aunque no la manifestaba de una manera tan estrepitosa. Los rusos no pierden la mas minima de las sutilezas de nuestra lengua y aun del mismo *argot* parisiense, y tienen por nuestro teatro un gusto tan decidido que el teatro nacional solo vive de las traducciones de nuestras piezas francesas. Cuéntanse sin embargo en Rusia algunos autores dramáticos de bastante mérito, entre otros Gogol, cuyas obras han sido vertidas á nuestro idioma y de quien se cuenta un rasgo que no carece de ingenio y originalidad.

El emperador Nicolás acababa de admitir la dedicación de las *Almas muertas*, considerada como la obra maestra de Gogol, y este se hallaba en su casa de campo en las inmediaciones de San Petersburgo, cuando recibió de parte del czar un tomito ricamente encuadernado, con la siguiente esquila:

Querido Gogol,

« Adjunto os envío un libro que he compuesto yo mismo, tomaos el trabajo de recorrerlo: espero que quedareis satisfecho de su contenido. »

Vuestro apasionado,
NICOLÁS.

Abre Gogol el libro y... oh! sorpresa!... estaba completamente compuesto de billetes de banco. Toma nuestro autor al momento la pluma y formula una respuesta concebida como sigue:

SEÑOR:

« He hojeado con el mayor gusto é interés el ejemplar del libro que Vuestra Magestad me ha hecho el honor de mandarme. Cada página me ha parecido maravillosa.

« Una cosa siento tan solo, Señor, y es que la obra no esté terminada: aguardo el tomo segundo con la mas viva impaciencia. »

De Vuestra Magestad el mas fiel súbdito y servidor
Gogol.

Este segundo tomo esperado con tanta impaciencia no ha llegado jamás, pues en este país de sombrío despotismo rara vez es de larga duración el favor de que gozan los literatos. Basta, sino, a probarlo la desgraciada suerte que cupo al mismo Gogol. Este poeta, que en el intervalo de unos pocos meses había infundido algunas sospechas al poder, se impresionó en extremo por la súbita frialdad que se le manifestaba, alarmóse por la desconfianza del gobierno respecto de él, y entreviendo tal vez en lontananza la Siberia como resultado de la pérdida del favor, empezó a perder su razón y, según se dice, en un momento de delirio puso fin a sus días por medio del veneno. Tal es la condición de los poetas en Rusia.

Al regresar á la Liteinia nos ha alumbrado el siniestro resplandor de uno de esos incendios que son, por desgracia, tan frecuentes en San Petersburgo. El fuego había prendido en un cuartel cuyas casas son por la mayor parte de madera, circunstancia que ha inutilizado cuantos esfuerzos se han hecho para apagarlo, comunicándose con una velocidad espantosa á mas de doscientas habitaciones. Pasa de dos mil el número de individuos que han quedado sin asilo á consecuencia del incendio; desgraciados! estamos en lo mas crudo del invierno. El emperador ha sido el primero, como acostumbra, en trasladarse al lugar de la catástrofe y el último en abandonarlo.

Es costumbre admitida que todos los miembros de la familia imperial que asisten á una función de beneficio envíen al beneficiado algun regalo, y según nos ha dicho esta mañana la condesa de Ermolay, que acompañaba ayer en el teatro á la gran duquesa Maria, hija del emperador, esta princesa regaló á Tetard un magnífico alfiler que constaba de una rica esmeralda rodeada por una cepa de oro: el producto líquido de la entrada ha pasado de cuatro mil francos.

A lo que parece, durante la última quincena de carnaval se dan dos funciones diarias en el Teatro Francés. El carnaval va acompañado de una alegría que raya en locura, si es que puede llamarse alegría á la embriaguez, pues las calles están atestadas de moujicks completamente ébrios. En cambio va seguido de una rigurosa cuaresma, que, sea dicho de paso, se observa muy imperfectamente por la sociedad elevada. Basta decir que solo ha transcurrido una semana desde el comienzo de la cuaresma y mañana ha de venir á buscarnos la señora de Ermolay para asistir á la primera representación de una comedia en cinco actos, la *Juventud de Luis XV*, cuya representación fué prohibida en París por la censura.

El lunes madama Napoukine recibió la siguiente esquela.

«Querida amiga,

«En todos los teatros se suspende esta noche la función. El emperador se halla malísimo; los médicos empiezan ya á desesperar de su salvación.

«Hasta luego.

«Estefanía de Ermolay.»

Al día siguiente supimos la muerte de Nicolás I: he aquí lo que acerca de sus últimos instantes nos refirió la misma condesa de Ermolay.

Este año el invierno ha sido mas riguroso que de costumbre, y apesar de una indisposición que presentó bastante gravedad para obligarle á hacer uso del emético, el emperador nada había querido cambiar en su régimen habitual: pasaba revista sobre revista, corría por el hielo desde San Petersburgo á Cronstadt, y en fin descuidaba todas las precauciones que parecía reclamar su estado, bastando decir que para hacerle tomar algun descanso hasta fué preciso recurrir á los infantiles ruegos de sus nietos. Nicolás I amaba entrañablemente á los hijos del gran duque Alejandro, como que tenía un especial placer en no faltar jamás á sus comidas y en presentarlos á sus tropas, los días de gran parada de la guardia imperial, al uno en traje de granadero del regimiento de Pawloski, y al otro con el uni-

forme del regimiento de Preobajinski, y apesar de las reiteradas instancias de estos niños persistió en querer llevar la misma vida de zaballo—son las mismas palabras de la condesa de Ermolay—cuyo resultado fué el declararse un peligroso catarro el 14 de febrero. «Esto no es mas que un simple resfriado», contestaba el emperador á las «continuas observaciones de su familia, otros asuntos verdaderamente interesantes deben ocupar mi atención; esto se queda para las mujercillas.» Bien había observado el czar el año anterior que había alcanzado ya el límite usual de la vida entre los de su raza y había hablado de cuidarse, pero estos cuidados se redujeron á tomar algunas precauciones contra ciertas tendencias á la obesidad, pues esta empezaba á desfigurar su talla y él se esmeraba en conservarla.

Mandt, el médico ordinario del emperador, dijo ya el 18 que juzgaba necesaria una consulta, á lo cual accedió Nicolás. El 19 por orden de los facultativos guardó cama, y como la emperatriz se hallaba también en la suya en el piso superior, los dos enfermos se enviaban billetes, notiéndose recíprocamente el estado de su salud. El 19, aunque molestando por una tos continua y por un constante insomnio, el emperador quiso pasar una revista anunciada para aquel día. «Señor, le dijo uno de los facultativos que le asistían, en el estado que es hallais no firmaría la papeleta de alta en el hospital al último soldado.—A cada uno su obligación», replicó el czar, vos cumplís la vuestra dándome este aviso, yo voy á cumplir la mía.» Y sin cesar en lo mas mínimo de su propósito revisó á los granaderos quienes no pudieron menos de observar su constante tos y sus lividas facciones. Antes de volver á palacio quiso hacer una visita al ministro de la guerra Dolgoroucki, enfermo también como él, recomendándole sobre todo que cuidara mucho de su salud. Dirigióse luego á palacio, entró en la habitación de la emperatriz y pasó la velada á los pies de la cama de su esposa, la cual viéndole tiritar á veces, á pesar suyo, le dió su capita militar para que se arropase con ella.

Hasta entonces no podía decirse que existiese peligro alguno real, pero la última salida del emperador trajo consigo una recaída. Quiso sin embargo permanecer en su gabinete de trabajo, dando órdenes como de costumbre; el 1º de marzo vino á agravar su estado la noticia del mal éxito que había tenido un golpe de mano proyectado sobre Eupatoria, y por la noche tuvo un poco de delirio. Ya tenía lugar la crisis que amagaba, y se hubo de pensar en proponer al emperador que recibiera los sacramentos. La emperatriz tomó á su cargo el persuadirle á este acto sin alarmarle, en lo posible, respecto á su salud.

—Amigo mio, le dijo, la semana última vuestras ocupaciones no os han permitido llenar los deberes religiosos que nos prescribe el santo tiempo de cuaresma; no os parecería bien aprovechar el corto intervalo que os deja vuestra dolencia para recibir la santa comunión?

—No, querida amiga, en pié y vestido es como quiero y debo llenar este sagrado deber.

La emperatriz calló y volvió el rostro: tenía los ojos arrasados en lágrimas. El emperador oyó que recitaba en voz baja estas palabras de la oración dominical: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

—Para siempre amen, repitió tres veces el emperador; pero porque motivo, prosiguió luego, orais así mi buena amiga?

—Para vuestro pronto restablecimiento.

—Estoy acaso en peligro?

—No, amigo mio.

Y las lágrimas de la infeliz esposa corrieron mas abundantes aun por sus mejillas.

—Estais muy cansada y sufrís demasiado para poder permanecer aquí por mas tiempo, añadió el czar con voz dulce, id á tomar algun descanso y por la noche ya nos volveremos á ver.

Retiróse la emperatriz con el corazón destrozado por las emociones que escitara en ella esta escena:

cuando hubo quedado solo, llamó Nicolás al doctor Mandt su médico de confianza.

—Mandt, le dijo, os he hecho prometer alguna vez que, si llegaba á caer enfermo de peligro, me avisarais cuando llegase el momento de cumplir mis deberes de cristiano. Qué es lo que he de hacer?

—Señor, ha sido atacado el pulmon, y ya veis...

—Será cosa de parálisis?

—Señor, ahí está el peligro; sin embargo esperamos todavia triunfar de él.

—Está bien, haec entrar al gran duque Alejandro.

Entró entonces el principe hereditario que se hallaba en la cámara contigua, y el czar le recomendó que ocultase la verdad á su madre, y que fuese á buscar á su confesor habitual el archimandrita Bajanoff. Este aguardaba ya en palacio: entró pues con la emperatriz y su hijo, los cuales postrándose de rodillas delante del czar recibieron su bendición y volvieron á salir. Solo luego con el archimandrita, confesóse el czar, y recibido que hubo la absolución hizo la señal de la cruz exclamando «Señor, recibidme en vuestro seno.»

El moribundo quiso que se le administrase la comunión en presencia de su esposa y de su primogénito. Recibió con aire compungido aquel sacramento, y despues de haber rezado en alta voz el *Credo* mandó entrar á todos los individuos de la familia imperial, la czarewna, el gran duque Constantino, las grandes duquesas Alejandra Josephowna, Maria Nicolaiewna, Elena Petrowna y sus nietos (los dos hijos menores se hallaban á la sazón en Crimea) y á todas estas personas dió separadamente su bendición y su última despedida.

—Que no pueda morir yo con vos! exclamó la emperatriz, que en vano se esforzaba por disimular su profundo dolor.

—Vivid, conservaos para ellos, replicó Nicolás con ternura señalándole su familia, y vos hijo mio, añadió dirigiéndose al presunto heredero de la corona, ya sabéis que la Rusia ha sido siempre el objeto de mis mas caras y ardientes preocupaciones. Bien hubiera querido dejarla triunfante y feliz; Dios me detiene en mitad de mi tarea: pesada será la vuestra hijo mio!

—Desde allí arriba en el cielo, padre mio, velareis incesantemente por la patria y rogareis á Dios que me conceda la fuerza necesaria para sobrellevar dignamente la carga que me dejais!

El czarowitz se detuvo, había pronunciado aquellas palabras con la voz entrecortada por los sollozos.

—Sí hijo mio, rogaré por vos y por la Rusia, como jamás he cesado de hacerlo; en cuanto á vosotros, hijos míos, estrechad mas y mas los vínculos de familia que hasta aquí os han unido y juntaos al reedor de ella, dijo señalando con ademán desfallecido á la emperatriz.

El czar quiso también ver á sus ministros de Adlerberg, Orloff y Dolgoroucki; dióles gracias por su celo y desinterés y luego su bendición; despues tocó el turno á sus servidores y á los veteranos de la guardia de palacio, los cuales podían apenas contener sus lágrimas.

En medio de todos aquellos servidores en cuyos semblantes se veía pintada la desolación se hacia notar por su profundo dolor madama Rohrbek, primera dama de honor de la emperatriz.

—Cuanto os agradezco aun ahora los cuidados que en todas ocasiones habeis prodigado á la czarina, le dijo el emperador con acento conmovido, continuad sirviéndola siempre con el mismo celo, y en el próximo viaje que vais á emprender con ella, saludad, teniéndome presente, á mi querido y gracioso Peterhof.

Luego pasó á disponer sus funerales con el czarowitz y con el conde de Adlerberg, ministro de la casa imperial y designó el paraje en que queria fuese colocada su tumba en la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

—No quiero exequias suntuosas, lo que costaría esta ceremonia estará mejor empleado en los gastos de la guerra.

Ahora, añadió, mandad anunciar mi próxima muerte á Varsovia y á Moscou por el telégrafo.



Señor, le dijo, ha llegado ya mi vez. (Pág. 38, col. 1ª.)

El gran duque Constantino estuvo presente á la suprema conversacion en que el emperador dió sus últimas instrucciones á su heredero.

El 2 de marzo cerca de medio día el emperador se reanimó algun tanto para encargar al futuro czar que diese en su nombre las gracias á la guarnicion de Sebastopol.

—Decid á Fritz (el rey de Prusia su cuñado), que no olvide las palabras de su padre, y que continúe siendo para la Rusia lo que ha sido hasta aquí.

Estas últimas palabras las pronunció en francés. Los labios del czar ya solo se abrieron para repetir las preeces de los agonizantes, que Bajanoff iba recitando al pié de su cama; su voz se iba debilitando por momentos, luego se hizo imperceptible y no tardó en dejar de oírse del todo. Entonces hizo seña al sacerdote de que se acercase y besó fervorosamente la cruz que pendía de su cuello, sus manos temblorosas buscaron las de su esposa y de su hijo, que apretó levantando al cielo sus ojos; despues sus brazos volvieron á caer inertes sobre el lecho de campaña en que se hallaba tendido, cubierto con su manto militar.

Provistas de targetas nos hemos presentado hoy, con la condesa de Ermolay, al palacio de invierno donde se hallaba espuesto el cuerpo del emperador. Allí le he visto cubierto por un precioso paño de de oro. Alrededor del palacio se agitaba una inmensa muchedumbre triste y silenciosa, cuya mayoría estaba formada por la gente del pueblo; ha llamado mi atencion una vieja que lloraba á lágrima viva la muerte del soberano.

El domingo fué trasladado el cuerpo al fuerte donde existe la iglesia y panteon imperial. El cortejo fúnebre presentaba un aspecto imponente: todos aquellos sacerdotes y funcionarios, con tanto regimiento como se desplegaba en una estension de mas de tres cuartos de legua, formaban un espectáculo verdaderamente admirable. Añádase á esto la poblacion entera, que parecia haber salido en masa á escoltar el féretro del emperador y se tendrá una idea algo exacta de aquel conjunto innumerable de personas. Las músicas militares iban tocando marchas fúnebres, interrumpidas de vez en cuando por

el ronco redoble de los tambores, cubiertos con una gasa. Los soldados llevaban tambien, en señal de luto, cintas de gasa en ambos brazos, los estandartes y las banderas estaban tambien cubiertas con oscuros crespones: segun nos han dicho el valor de la gasa empleada en esta circunstancia escede de cien mil rublos.

El jueves siguiente tuvo lugar en la fortaleza la ceremonia del entierro. Madama Napoukine que no habia venido con nosotros al palacio de invierno, quiso acompañarnos esta vez, y con no poca admiracion la vi, á ella que casi nunca pronunciaba el nombre del emperador, arrodillada y orando junto al túmulo en que estaba espuesto con el rostro velado por su negro crespon y ceñida la cabeza con la corona imperial. La iglesia, cubierta de paño blanco recamado de oro, producía un efecto solemne y grandioso. A las doce se oyó una salva general de todos los cañones del fuerte: era el saludo de despedida. El cuerpo de Nicolás I acababa de bajar al fúnebre panteon en que descansan sus abuelos.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

Entre los preceptos de Mahoma, ninguno hay tan diametralmente opuesto á las costumbres de los pueblos occidentales como la prohibicion del vino y de toda clase de licores alcohólicos. En un principio el precepto no pasó del Coran, pero como no fuese observado muy religiosamente, el uso de las bebidas espirituosas fué solemnemente prohibido. Apesar de lo muy oportunos que acostumbra ser todos los preceptos relativos á la higiene contenidos en el Coran, parece que no era de absoluta necesidad tan rigurosa medida, pues durante muchos siglos se bebia muy poco vino en Egipto y en Arabia.

Considerando cuan poco á propósito era la calidad de las tierras para el cultivo de la viña, los legisladores de Egipto no tuvieron reparo en apelar á una impostura religiosa, procurando que el pueblo se contentase con el licor de granos en fermentacion, y declarando que el vino era aborrecido por los dioses. Esta absurda creencia salda de Egipto, cuna de la filosofía, de la civiliza-

cion y de las ciencias, se trasmitió con facilidad á otros países, como eran transmitidas todas las supersticiosas creencias de la época. Los mismos maniqueos de la Persia consideraban el vino como un tósigo preparado por las divinidades malélicas, y suponían muy formalmente que el jugo de la viña estaba prohibido á los espíritus celestes, y de aquí provino que los maniqueos cristianos prohibieron tambien el uso del vino en la comunión.

Mas no se crea que aun en Arabia date del tiempo de su gran legislador Mahoma el horror por el vino. En época mucho mas remota ya tenían esa especie de aversion hacia él los naturales, y segun cuenta Jeremías, que vivió mil doscientos años antes de Mahoma, este profeta conoció una familia que en los ochenta años que llevaba de permanencia en aquel pais habia observado estrictamente el precepto de uno de sus abuelos, de no construir casa de cal y canto, de no plantar ni poseer viñas y de no beber vino.

A los pueblos de Oriente les cuadran muy bien tales prohibiciones legislativas, porque en los países cálidos la parte acuosa de la sangre se disipa mucho por la traspiracion, y se hace por consiguiente necesario sustituirla con un líquido semejante, por lo cual sienta allí muy bien el agua; los licores fuertes coagularian los glóbulos de sangre que quedan despues de la disipacion de la parte acuosa. Véase pues como conviene á la Arabia aquella ley de Mahoma; por otra parte el legislador ha tenido que condenar el uso de las bebidas alcohólicas bajo el punto de vista de interés social, además del higiénico, pues nadie ignora cuanto mas graves y peligrosas son las consecuencias de la embriaguez en las zonas meridionales que en los países del norte, y todo legislador debe tener en cuenta esta clase de consideraciones.

Sin embargo, ya sea con motivo de los continuos trastornos que echan abajo los principios mas estables, ya porque el frecuente contacto con los pueblos occidentales haya comunicado á los de Oriente algunas de sus costumbres, ello es que ha ido relajándose el rigor y la escrupulosidad con que se observaba en lo antiguo aquella ley, y que abundan en Oriente los aficionados al dulce licor de la viña: en esto se verifica solo una ley constante, y es que todas las instituciones, sean de la clase que fueren, vienen á quedar en desuso para ser sustituidas por otras que se acomodan mejor al carácter de cada época.

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, n.º 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.